



## DOCUMENTOS

---

**ELEMENTOS DE JUICIO, revista de temas constitucionales, publica a continuación el texto íntegro del discurso pronunciado por el Presidente de los Estados Unidos, Barack Obama, al tomar posesión de su cargo el pasado 20 de enero. (Traducción libre) De Nuestra Redacción.**

**E**stoy aquí ante ustedes en este día, con humildad, frente a la tarea que tenemos por delante, agradecido por la confianza que me dispensan y consciente de los sacrificios que hicieron nuestros antepasados. Agradezco al presidente Bush por los servicios prestados a nuestra Nación, y por su generosidad y cooperación durante el empalme entre los dos gobiernos.

Hasta ahora, 44 norteamericanos hemos prestado juramento presidencial. En su mayoría han jurado durante períodos de prosperidad y en medio de las aguas tranquilas de la paz. Empero, algunas veces el juramento se prestó bajo nubes amenazantes y fuertes tormentas. En esos momentos difíciles, Estados Unidos ha mantenido el rumbo con certidumbre y fortaleza, no solamente gracias a la experiencia y habilidad de sus altos gobernantes, sino también porque somos un pueblo que ha conservado la fe, conservó la fe en los ideales de nuestros padres fundadores, y fue respetuoso de lo estatuido en los documentos básicos de nuestra nacionalidad.

Ello ha ocurrido así, y debería ocurrir también con esta generación americana.

Se sabe que estamos en crisis. Nuestra Nación se encuentra en guerra, contra una amplia red de violencia y odio. Nuestra economía está gravemente lesionada, como consecuencia de la avaricia y de la irresponsabilidad de algunos, pero también por la imposibilidad de tomar colectivamente decisiones que nos preparen para una nueva época. Se han perdido hogares, puestos de trabajo. Muchas empresas han tenido que cerrarse. Nuestro sistema de salud es demasiado costoso. Nuestras escuelas excluyen de admisión a muchos de nuestros niños, y cada día hay nuevas evidencias de que, en lo que concierne a la energía, la usamos de manera que fortalece a nuestros enemigos y causa daño al planeta.

Estos son indicadores de la crisis, basados en datos y estadísticas. Menos mensurable pero no menos profunda es la pérdida de la confianza en nuestro país, incrementado ello por el temor de que el debilitamiento de los Estados Unidos sea inevitable, y de que la próxima generación se vea precisada a restringir sus expectativas y esperanzas.

Hoy manifiesto directamente que los desafíos que enfrentamos son reales, graves y numerosos. No serán superados fácilmente o en un corto lapso. Pero también les aseguro: ! Estadounidenses: esas dificultades serán superadas!

En este día nos reunimos porque elegimos la esperanza en lugar del temor, y adoptamos la unidad de objetivos a cambio del conflicto y la discordia.

En este día, proclamamos el fin de las reivindicaciones efímeras y las falsas promesas, las recriminaciones y los dogmas absolutos, que por demasiado tiempo han constituido un lastre y un obstáculo para nuestra política.

Seguimos siendo una nación joven, pero como dicen las Escrituras, llegó el momento de abandonar los juegos infantiles. Es hora de reafirmar nuestra fortaleza de carácter, y de elegir la mejor parte de nuestra historia. Llegó la ocasión de seguir con aquel precioso legado de apelar a nuestras virtudes, a esta noble idea transmitida de generación en generación: la promesa hecha por Dios de que todos somos iguales, todos somos libres, y todos merecemos la oportunidad de buscar toda la felicidad posible.

Reafirmando la grandeza de nuestra Nación, comprendemos que la permanencia de ella jamás puede entenderse fija y asegurada. Debemos ganarla, conseguirla, conquistarla. Nuestro sendero jamás estuvo hecho de atajos, y nunca nos contentamos con menos. No ha sido el camino para los timoratos -para los que prefieren el placer en lugar del trabajo, o buscan solamente las delicias de la riqueza y la fama. Por el contrario, han sido los que se arriesgan, los emprendedores, los que hacen cosas -algunos conocidos, pero más frecuentemente hombres y mujeres cuyo trabajo es desconocido-, los que nos impulsaron en el largo y difícil sendero hacia la prosperidad y la libertad.

Por nosotros, ellos tomaron sus pocas pertenencias y viajaron a través del mar en búsqueda de nuevos horizontes y de una nueva vida.

Por nosotros, trabajaron en inhóspitos talleres y se asentaron en el Oeste, resistieron latigazos y labraron la dura tierra.

Por nosotros, Lucharon y murieron, en lugares como Concord y Gettysburg; Normandía y Khe Sahn.

Una y otra vez se sacrificaron y trabajaron hasta que sus manos se llenaron de llagas, para que nosotros pudiéramos vivir una vida mejor. Ellos vieron a Estados

Unidos más grande que la suma de sus aspiraciones individuales, más grande que todas las diferencias de origen, riqueza o ideologías.

Esa es la vía que proseguimos hoy. Seguimos siendo la nación más próspera y poderosa de la tierra. Nuestros trabajadores no son menos productivos que cuando comenzó esta crisis. Nuestras mentes no son menos creativas. Nuestros bienes y servicios no menos necesitados de lo que lo eran la semana pasada o el mes pasado o el año pasado. Nuestra capacidad se mantiene intacta. Pero han acabado los tiempos del inmovilismo, de la protección de intereses mezquinos y de la dilación o demora en la toma de decisiones difíciles. Desde hoy, levantémonos, sacudámonos, dejemos la desidia y la pereza, y recomencemos la tarea y el propósito de reconstruir el país.

Porque donde sea que miremos, hay trabajo, mucho trabajo por hacer. El estado de nuestra economía llama a la acción, enérgica y rápida, y obraremos, no tan sólo para crear nuevos empleos, sino para sentar las nuevas bases de nuestro crecimiento. Construiremos las calles y los puentes, la red eléctrica y las líneas digitales que alimentan nuestro comercio, y que nos unen. Devolveremos la ciencia a su debido lugar, y usaremos las maravillas de la tecnología para incrementar la calidad de nuestro sistema de salud y reducir su costo. Domaremos el sol y los vientos, y la tierra, con el objeto de alimentar nuestros vehículos y de hacer funcionar nuestras fábricas. Y transformaremos nuestras escuelas, colegios y universidades para enfrentar los desafíos de la nueva era. Podemos hacer todo eso, y todo eso lo haremos.

Ahora, hay algunos que ponen en duda el alcance de nuestras ambiciones. Y hay quienes sugieren que nuestro sistema no puede generar demasiados planes. Su memoria es corta. Olvidaron lo que este país ya hizo. Perdieron de vista lo que los hombres y mujeres libres pueden lograr cuando la imaginación se une a un objetivo común, y cuando a la necesidad se unen el coraje y la valentía.

Lo que los cínicos no llegan a comprender es que el suelo se ha abierto bajo sus pies. Que las cosas han cambiado. Que los viejos argumentos que tanto tiempo nos fueron impuestos ya no tienen validez alguna. La cuestión que ahora nos planteamos no es si nuestro gobierno es demasiado grande o demasiado pequeño, sino que debemos saber si funciona, si ayuda a las familias a hallar trabajo y sueldos decentes; si contribuye para que todos gocen de cuidados médicos asequibles, y puedan pensar hacia el futuro en una jubilación digna. Cuando la respuesta sea afirmativa, seguiremos adelante. Cuando sea negativa, pondremos fin a esos programas. Y a quienes, de entre nosotros, nos corresponde administrar el dinero público, se nos debe pedir cuentas -para gastar de forma sensata, acabar con los malos hábitos y ser transparentes-, porque sólo entonces podremos restaurar la vital confianza entre el pueblo y su gobierno.

Tampoco se trata de preguntarse si el mercado es una fuerza del bien o del mal. Su poder para generar riqueza y extender la libertad es incomparable. Pero esta crisis nos ha recordado que, sin una atenta vigilancia, el mercado puede descontrolarse, y que una nación no puede ser próspera cuando sólo favorece a los más ricos. El éxito de nuestra economía no ha dependido solamente de la importancia de nuestro Producto Interno Bruto, sino también de nuestra prosperidad; de nuestra capacidad para ofrecer oportunidades a quienes lo desean. Y no por caridad, sino porque es el camino más seguro para alcanzar el bien común.

Para nuestra defensa común, rechazamos por falsa la opción entre nuestra seguridad y nuestros ideales. Una cosa no excluye la otra. Nuestros Padres Fundadores, que se enfrentaban a peligros difícilmente imaginables, elaboraron una Constitución que sometió el poder al imperio del Derecho y que hizo valer y respetar los derechos humanos. Esa es una norma que se ha perpetuado a lo largo de nuestra historia, generación tras generación. Aquellos ideales aún iluminan el mundo, y no renunciaremos a ellos por intereses turbios. Digo a todos los demás pueblos y gobiernos que nos observan hoy, desde las grandes capitales hasta el pequeño pueblo donde mi padre nació: sepan que Estados Unidos es amigo de cada nación y de cada hombre, mujer y niño que busca un futuro de paz y dignidad, y que estamos dispuestos a ejercer nuestro liderazgo una vez más.

Recuerden que las precedentes generaciones se enfrentaron al fascismo y al comunismo no solamente con tanques y misiles, sino también con resistentes alianzas y sólidas convicciones. Comprendieron que solamente nuestro poder no podría protegernos, ni permitimos hacer lo que quisiéramos. En cambio, comprendieron que nuestro poder es mayor cuanto más prudente es; que nuestra seguridad emana de la justicia de nuestra causa, de la fuerza de nuestro ejemplo, y de las cualidades de la humildad y la moderación.

Somos los continuadores de este legado. Guiados por esos principios una vez más, podemos superar estas nuevas amenazas que requieren incluso un mayor esfuerzo, mayor cooperación y comprensión entre naciones. Comenzaremos por dejar responsablemente Irak a su pueblo, y a forjar una paz duramente ganada en Afganistán. Con viejos amigos y ex adversarios, trabajaremos incansablemente para reducir la amenaza nuclear, y hacer retroceder el espectro del calentamiento del planeta. No nos disculparemos por nuestro estilo de vida, ni vacilaremos en su defensa, y a quienes tratan de hacer avanzar sus objetivos provocando el terror y matando a inocentes, les decimos que nuestro espíritu es más fuerte y que no puede ser doblegado. Que sobreviviremos a ellos y que los derrotaremos.

Porque sabemos que nuestra herencia multicultural es una fuerza, no una debilidad. Somos una nación de cristianos y musulmanes, judíos e hindúes, y de no creyentes. Estamos integrados con todos los idiomas y culturas, llegados de

distintos lugares de esta tierra, y porque probamos el amargo sabor de una guerra civil y de la segregación, y emergimos de ese oscuro capítulo más fuertes y más unidos, no podemos dejar de creer que los viejos odios deben ser superados algún día. No podemos dejar de pensar que las divisiones tribales deberán disolverse pronto; que en la medida en que el mundo se hace más pequeño, nuestra humanidad común deberá revelarse, y que Estados Unidos debe jugar un papel fundamental para orientarnos hacia una nueva era de paz.

Con el mundo musulmán, buscaremos un nuevo enfoque para avanzar, basado en el interés y el respeto mutuos. A aquellos líderes del mundo que buscan alentar los conflictos o atribuir los problemas de nuestras sociedades a Occidente, sepan que sus pueblos los juzgarán por lo que puedan construir, no por lo que destruyan. Quienes se mantienen en el poder a través de la corrupción, la mentira y silenciando a la disidencia, sepan que están en el lado equivocado de la historia, pero que les extenderemos la mano si están dispuestos a aliviar el cerco.

A los pueblos de las naciones pobres, prometemos trabajar con ustedes para hacer florecer sus cultivos y que fluya el agua limpia, para nutrir cuerpos hambrientos y alimentar espíritus voraces. A aquellas naciones que, como la nuestra, gozan de una relativa abundancia, les decimos que no podemos permitirnos la indiferencia ante quienes sufren en nuestras fronteras, ni podemos consumir los recursos mundiales sin tener en cuenta sus efectos. Porque el mundo ha cambiado y debemos cambiar con él.

Cuando consideramos el camino que se abre ante nosotros, recordamos con humilde gratitud a los valerosos estadounidenses, que en este mismo momento, patrullan distantes desiertos y remotas montañas. Tienen algo que decimos hoy, al igual que los héroes caídos que yacen en Arlington hace tiempo. Les rendimos honores no solamente porque son los guardianes de nuestra libertad, sino porque representan el espíritu de servicio, la voluntad de encontrar un significado en algo que los trascienda. Y en este instante, que definirá a una generación, es precisamente ese espíritu el que debe invadirnos a todos.

Porque por mucho que un gobierno pueda y deba hacer, es finalmente la fe y la determinación del pueblo estadounidense lo que sostiene a esta nación. Es la amabilidad de acoger a un extraño cuando los diques se rompen, la solidaridad de los trabajadores que prefieren trabajar menos horas para que un amigo no pierda su trabajo lo que nos guía en las horas oscuras. Es el coraje de un bombero que corre hacia un edificio humeante, pero también la determinación de los padres de alimentar a su hijo, lo que finalmente decide nuestro destino.

Nuestros desafíos pueden ser nuevos. Los instrumentos con los que los enfrentamos pueden ser nuevos. Pero todos estos valores de los cuales depende

nuestro éxito -trabajo duro y honestidad, valor y lealtad, tolerancia y curiosidad, lealtad y patriotismo- son antiguos. Esos valores son verdaderos. Han sido la fuerza silenciosa del progreso a lo largo de nuestra historia.

Lo que se nos pide es, pues, un retorno a esas verdades. Lo que se requiere de nosotros ahora es una nueva era de responsabilidad, un reconocimiento, por parte de cada estadounidense, de que tenemos deberes para con nosotros mismos. Los cuales no aceptamos a regañadientes, sino que los acogemos de buena gana, firmes en la convicción de que nada es tan satisfactorio para el espíritu, tan decisivo en nuestro carácter, como dar todo de nosotros ante una tarea difícil.

Este es el precio y esa es la promesa de la ciudadanía.

Esta es la fuente de nuestra confianza: saber que Dios nos llama a dar forma a un destino incierto.

Este es el significado de nuestra libertad y de nuestro credo: por qué hombres, mujeres y niños de todas las razas y religiones pueden unirse en una celebración a lo largo de esta magnífica explanada, y por qué un hombre cuyo padre hace menos de sesenta años no podría haber trabajado siquiera en un restaurante, puede ahora presentarse ante ustedes para hacer el juramento más sagrado.

Entonces, marquemos este día recordando quiénes somos y cuán lejos hemos llegado. En el año del nacimiento de Estados Unidos, en los meses más fríos, un pequeño grupo de patriotas se apiñaba, muriendo en los campos de batalla sobre las riberas de un río helado. La capital fue abandonada. El enemigo estaba avanzando. La nieve estaba teñida de sangre. En el momento en que la revolución era más incierta, el padre de nuestra Nación (George Washington) dictó estas palabras para que fueran leídas al pueblo:

“Que se diga al mundo del futuro... que en la profundidad del invierno, cuando nada podía sobrevivir sino la esperanza y la virtud... que la ciudad y el país, acechados por un peligro común, salieron a enfrentarlo”.

Oh , Estados Unidos. Ante nuestros peligros comunes, en este invierno de dificultades, recordemos esas palabras eternas. Con confianza y con virtud, enfrentemos una vez más esas corrientes heladas, y soportemos las tormentas que puedan venir. Que los hijos de nuestros hijos digan que cuando fuimos sometidos a prueba, nos resistimos a abandonar el desafío. Que no nos echamos hacia atrás, ni vacilamos, y que, con los ojos puestos en el horizonte y con la gracia de Dios, llevamos este gran don de libertad y lo entregamos intacto a las futuras generaciones.